

La idea de una Universidad

K. F. REINHARDT

En tiempos de crisis, más que ordinariamente, nos interesa determinar el significado y el destino de instituciones que consideramos vitales para nuestra existencia humana y nacional.

Entre tales instituciones es la universidad una de las más antiguas y venerables. Parece, por consiguiente, tarea de mucha trascendencia buscar y fijar su significación frente a los numerosos problemas que se presentan ahora por causa de los rápidos cambios sociales y políticos y de aspecto intelectual.

Para cualquier observador casual, parece hoy como si el mundo estuviera completamente fuera de lo normal. Su inmediata reacción pudiera ser de despecho o de resignación, según su temperamento o su manera de pensar. Pero un conocimiento más íntimo de los síntomas de la crisis contemporánea podría revelar que sus causas pueden ser analizadas o descubiertas, que la desorganización del pensamiento y de la vida pueden reducirse a pocos elementos básicos, y que los reajustes no están completamente fuera de nuestro alcance y de nuestro conocimiento. Para decirlo llanamente, el observador encontrará después de un estudio detenido, que los seres humanos ya no parecen distinguir lo que es bueno y lo que es malo, recto o erróneo, hermoso o feo, y que parecen haber olvidado el significado de conceptos fundamentales, como el amor, la amistad, el respeto, la confianza y la lealtad.

¿Está realmente el mundo fuera de lo normal? ¿O es simplemente que los seres humanos se han extraviado? San Agustín contestó hace muchos siglos por nosotros esta pregunta. Decimos "malvado es el mundo. . . pero es realmente malvado el mundo? Porque cielo y tierra, agua

y peces y aves y árboles no son malos, Son buenos. Pero un hombre malo hace malo un mundo. Y vosotros decís: tiempos duros, tiempos difíciles, tiempos miserables los que vivimos, Pero si vivis bien, cambiaréis los tiempos. Porque, ¿qué son los tiempos, queridos hermanos? Son periodos y épocas del mundo. El sol sale y al cabo de pocas horas se oculta. Levantándose temprano a la mañana siguiente, se pone de nuevo al tardecer. Contad cuán a menudo sucede esto. Es lo que llamamos "los tiempos". Pero los hombres se injurian y se hieren, y los que los injurian y hieren son otros hombres. Gran tristeza! A los hombres se les roba, a los hombres se les oprime. Y por quién? Los que son heridos sienten gran dolor. Pero si pudieran, no harían lo mismo con su prójimo? Podéis intentar educar a vuestros semejantes, y en verdad yo lo he intentado. No he ahorrado esfuerzos, pero no he visto el éxito. Mi energía se ha agotado y sólo tristeza queda al final. Puedo apenas soportar la difamación de los hombres; ellos chasquean los dientes, rabian, locos son. Y yo no puedo ayudarles. Oh, si pudiera hallar un lugar de reposo corporalmente alejado de ellos, no separado en el amor, por temor de que este amor se destruyera dentro de mí! Puede que nada valgan mi elocuencia y mis palabras, pero orando por ellos yo puedo ayudarlos".

La vacilación de San Agustín para continuar su predicación y sus enseñanzas pueden sentirla todos los que se hallen enfrentados a las demandas y responsabilidades de la educación superior en los días actuales y a los que sepan reconocer las causas de sus múltiples confusiones y complejidades sin ver con claridad el camino para alcanzar algo decisivo al respecto. Pero esta explicable vacilación puede vencerse si no abandonamos nuestra fe en el verdadero destino del hombre y en su educabilidad para alcanzarlo, y si empezamos a librarnos del derrotismo por una parte, y de la complacencia por otra.

Todos los problemas que confrontamos hoy, como en cualquiera otra época, son en último análisis de índole religiosa y moral y sólo superficialmente es común que aparezcan con aspectos sociales, políticos o económicos. Si ello es verdad, y no hay análisis racional de la vida y de

la civilización que falle al verificar esta observación, ¿dónde buscamez luz y guía para el intento de unificar nuestro conocimiento y sincronizar y clarificar nuestros motivos e incentivos? ¿Dónde aprenderemos a distinguir los medios de los fines, a perfeccionar nuestros medios y a ordenarlos a sus propios fines?

Estos interrogantes nos colocan frente a frente con el tema propuesto: la idea de una universidad, su función en la educación y en la sociedad. La Universidad, de mano con la Iglesia, el hogar y la escuela, es una agencia a la que se confía la elevación intelectual, la guía moral de los miembros de las comunidades cristianas. Una mirada retrospectiva a esta institución que ha sido durante siglos parte integrante de la experiencia social y cultural de la civilización de occidente, puede enseñarnos algo referente a las altas funciones que las universidades han desempeñado a cabalidad en el pasado, y las pondrá en justa forma a nuestra discreción, si necesitamos que llenen idénticas o similares funciones en el presente y en el futuro; o, si no es eso lo que deseamos, tal conocimiento nos ayudará a trazar un plan que esté conforme con nuestro propio concepto de las funciones y de la idea de la universidad.

Y no hay duda en cuanto a dos cosas: la primera, que toda edad, todo país y toda generación tienen sus peculiares necesidades y propósitos concretos que requieren nuevos y diferentes accesos técnicos para sus realizaciones. La segunda, que los seres humanos de todo país, edad y generación tienen que vérsela con manifestaciones esencial e idénticamente intelectuales y morales, manifestaciones que salen de nuestra humana y común naturaleza y son en gran parte independientes del progreso mecánico y técnico. En otras palabras, hay en la vida, el pensamiento y la civilización tanta permanencia como mutabilidad y ninguna filosofía realista de la educación puede reforzar la una con detrimento de la otra. Una universidad refleja tanto el espíritu de una edad o de una civilización, que el cardenal Newman concibió su ensayo "The Idea of a University" como parte de una historia de la civilización europea reflejada en la vida de las universidades del Viejo Mundo. Y recíprocamente, una universidad debe tener en cuenta la inmutabilidad de

la naturaleza humana, de modo que el Presidente Hutchins, de la Universidad de Chicago, tuvo razón al pedir que la enseñanza superior se basara en un conjunto común de ideas fundamentales y que el alma del *curriculum* fuera la misma en cualquiera época y lugar y bajo cualesquiera condiciones políticas, sociales y económicas.

Si este argumento sacado de la permanencia de la naturaleza humana es al menos de tanto valor como el que se basa en el cambio, el progreso y el reajuste continuo, entonces sucederá que una comprensión adecuada de ella constituye el requisito previo para comprender la idea de universidad y que su falsa concepción conduce necesariamente a un *curriculum* desproporcionado e impropriamente concebido. La mala comprensión de la naturaleza humana nace de una errónea interpretación de la realidad, y mientras el descubrimiento de nuevos aspectos del ser, es en sí lo más deseable, un concepto desfigurado de ella frustra en todo o en parte los valores intrínsecos de los nuevos accesos y los nuevos métodos científicos. Una simplificación no puede ser más que una mutilación y en ningún caso una solución, y a ello puede llegarse prácticamente en cualquier problema de la vida humana, si se sigue el proceso de omisiones injustificables o de agregaciones sin garantía. El valor de una síntesis, por otra parte, radica en la solicitud con que se preservan y consideran las distinciones reales y las actuales proporciones, y se las enmarca en un todo estructural.

Un examen somero de los principales tipos ideales de aprendizaje superior, que encontramos sucesivamente en los tiempos antiguos, medievales y modernos, puede auxiliarnos en el mejor entendimiento de la significación social e intelectual de la universidad. Me propongo distinguir para nuestro estudio, *la universidad medioeval europea, la universidad alemana moderna y la universidad norteamericana contemporánea*. La razón para justificar esta limitada selección, radica en que estos tres tipos ilustran mejor y con mayor amplitud la idea de una universidad, lo mismo que ciertos extravíos emanados de este concepto y gestadores de la decadencia y del propio y definitivo aniquilamiento.

Quizás la expresión más genuina del pensamiento griego fue la Aca-

demia Platónica, la ilustre fundación de Platón. Era esta una escuela de filósofos y tenía muy poco de común con las universidades de la Edad Media y de los tiempos modernos. Sin embargo, a través de los datos extractados de los tratados sobre la "República" y sobre las "Leyes", la Academia nos da una escueta idea de las miras sociales que Platón procuraba alcanzar por medio de la educación filosófica. Puesto que para él el supremo bien, era la suprema verdad, consideraba como tarea propia de los más sabios filósofos llegar a ser los conductores del Estado y así aplicar sus conocimientos a los fines inmediatamente prácticos y sociales. La educación filosófica de Platón estaba centralizada por el Estado y por él controlada, y una universidad levantada según el modelo de las ideas expuestas en la "República" o en la "Colonia" de las "Leyes", se semejaría demasiado a una institución contemporánea de enseñanza superior, bajo cualquiera de los regimenes totalitarios actuales. Para Platón, los conocimientos prácticos y teóricos eran apenas medios para adquirir las virtudes sociales y las virtudes cívicas. Para Aristóteles, por otra parte, *práctica, ciencia*, y todo aprendizaje superior eran fines por sí mismos, y debían buscarse desinteresadamente, mientras su ejercicio no interfiriera el cumplimiento de los deberes sociales del individuo.

En tanto que el régimen platoniano de la educación se acerca más a los modernos sistemas pedagógicos colectivistas y socializados, la posición aristotélica de una relativa autonomía de las ciencias y de la libre investigación, se sitúa al lado de ciertos fundamentos de educación democrática, en cuanto ellos están comprendidos en las instituciones medioevales y modernas de estudios superiores.

La universidad, tal como la conocemos desde principios de este siglo y tal como actúa en muchos centros europeos, es en todos sus aspectos una herencia del medioevo. El pensamiento y las artes de la antigüedad habrían desaparecido indefectiblemente si no hubiesen encontrado abrigo en las escuelas, monasterios y universidades de la Europa medioeval. Desconfiados como eran los filósofos de la antigua escuela pagana, fué la Iglesia como institución, la que preservó la

literatura latina; fué la Iglesia la que mantuvo viva la antorcha de las ciencias durante los oscuros siglos que siguiéron a las emigraciones, y también fue la Iglesia la que dió su mano portectora a las universidades del período clásico de los escolásticos. A esta etapa se refería el cardenal Newman cuando preguntaba: "¿Cuándo hubo un ejercicio de la razón más curioso, más inquisitivo, más agudo, más atrevido y penetrante que en aquel tiempo?" La Iglesia envió a sus polemistas al campo de lucha filosófico. Fueron los doctores dominicanos y franciscanos quienes en aquellas universidades medioevales libraron la batalla por la revelación, contra el paganismo.

Si nos atrevemos a denominar la universidad medioeval como una institución democrática, únicamente queremos expresar con tal aseveración que ella abrió sus puertas a todos los que ansiosos de conocimientos lo solicitaban. Era una institución democrática en un medio social aristocrático. Dió igualdad de oportunidades y de ocasiones al plebeyo para elevarse socialmente y para lograr las más altas adquisiciones espirituales e intelectuales. Los miembros de la república europea de las letras se comunicaban en la lengua latina y comenzaron a sentirse iguales al encontrarse en cualquiera de los establecimientos culturales del Occidente. Y cuando, con la expansión de la industria y del comercio y con la concentración intelectual en las grandes ciudades, los nuevos problemas de una vida cada vez más compleja tuvieron que plantearse y resolverse, las universidades reemplazaron las escuelas de los viejos monasterios y catedrales.

La ya madura universidad medioeval era una íntima y estrecha sociedad de maestros bajo la dirección de un Canciller o Rector, y seguía muy de cerca en su organización los gremios de oficios. Era una corporación con reglamento, privilegios y condiciones especializadas de admisión. Estudiantes y profesores estaban conectados entre sí como los individuos de un gremio; los estudiantes eran los aprendices, los bachilleres eran los obreros, los profesores eran los maestros.

En derecho romano el término "universitas" significaba una agrupación organizada corporativamente. En el medioevo, la denominación

generalmente aceptada era "studium generale" y no "universidad", para denominar un Centro de Estudios Generales en donde profesores y estudiantes de todas las nacionalidades estaban vinculados por fines e ideales comunes. París y Bolonia eran prototipos del "studia generalia". París, como centro universitario, fué desde el principio una institución auspiciada por la Iglesia. Los estudiantes eran candidatos para el sacerdocio y estaban bajo la tutela de los clérigos. En Bolonia, el centro de los estudios legales, el alumnado disfrutaba de una mayor independencia personal y gozaba además de todos los privilegios corporativos, concedidos por medio de *breves* imperiales. En tanto que Bolonia era una corporación de Maestros, París era una corporación de Estudiantes. Estos encarnaban la universidad, de su seno se escogía y elegía el Rector, y los profesores eran sus empleados. Ambos modelos de Universidad surgieron y se desarrollaron durante los últimos treinta años del siglo XII, conectado el modelo italiano con el Derecho Romano revivido, vinculado el francés a la revivida especulación filosófica y teológica que siguió al redescubrimiento del pensamiento aristotélico. Hoy día, hasta cierto punto, Bolonia conserva su categoría de modelo para el Sur Románico de Europa, mientras que el tipo magistral de la Universidad de París ha servido de modelo a las universidades de Francia, Inglaterra y Alemania. Las universidades de los Estados Unidos han extraído determinados elementos de ambos tipos.

La universidad medioeval constaba generalmente de cuatro facultades: teología, artes liberales, derecho y medicina. El equipo era de la especie más rudimentaria: no existían campos de deportes, ni sala de conferencias, ni laboratorios, ni bibliotecas. Así las universidades tenían que reposar en sus únicos dominios: las mentes de maestros y estudiantes.

El curso de las artes liberales se basaba en el antiguo *trivium* integrado por las disciplinas matemáticas de la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Todo el *curriculum* recibió su estructura orgánica y su justificación formal, del puesto señalado a la teología y a la filosofía, las cuales usufructuaban la categoría de ciencias supremas de las que todo conocimiento y aprendizaje recibían los principios orientadores.

La redefinición de teología y filosofía y la intervención y funciones específicas de la fe y de la razón, que se derivaron de las especulaciones de Alberto el Magno y Tomás de Aquino, llevaron de hecho a una declaración de independencia de la razón humana dentro de su propia esfera. Procedentes de una misma fuente divina, la fe y la razón no pueden contradecirse, en tanto la razón haga uso apropiado de la luz que Dios le ha otorgado, y no rechace a priori la inspiración que la fe aporta. Bajo la guía de la fe y la razón, Santo Tomás expuso la jerarquía de las ciencias, creó una nueva teoría del conocimiento y acorde con las argumentaciones de Aristóteles, dió nueva forma a las pruebas de la existencia de Dios, lo mismo que al plan ontológico de la filosofía moral. Su moderado realismo afirmaba fuertemente la significación de las sustancias individuales y sus actividades autónomas y allí encontró una base sólida para las investigaciones y descubrimientos de las ciencias naturales. El hombre se halló confirmado en su valor personal y en su dignidad, colocado en el centro de un universo regido e informado divinamente; un sér situado en el punto de tangencia de la materia y el espíritu, con una naturaleza animal dotada y coronada con facultades de inteligencia y libre voluntad; una criatura natural con un destino sobrenatural.

Así, gracias al atrevido valor del más grande de los escolásticos, se demostró que la tradición cristiana y la nueva enseñanza podían encontrar sus soportes genuinos en la metafísica y en la ética de Aristóteles. En la vasta exposición de los sistemas de naturaleza y gracia y su interrelación jerárquica, estos egregios maestros habían establecido la perfecta estructura de la enseñanza y de la cultura cristiana con bases muy sólidas y seguras.

Fue privilegio de maestros y discípulos laborar como artistas liberales, siguiendo las vías que señalaba la naturaleza y descubriendo en ésta los caminos de Dios. El maestro cooperaba con el activo intelecto del alumno en la interpretación de la realidad, experimentando la vida en la plenitud de su significado y palpando el esplendor de aquella forma que determina la esencia de todas las cosas: "Por consiguiente, to-

das las operaciones humanas parecen ordenarse a un fin. Porque para la contemplación perfecta se requiere seguridad del cuerpo, y a esto se dirige todo medio para hacer accesible a la vida humana todo lo que ésta necesita. Se requiere asimismo alejamiento de la turbulencia de las pasiones y esto lo alcanza el hombre por el continuado ejercicio de las virtudes morales y de la prudencia; se requiere también alejamiento de la turbulencia externa, y a esto se ordena todo gobierno de la vida civil. Así rectamente considerado parece que todos los deberes humanos procuran presentar la verdad a aquellos que deseen contemplarla". (S. c. G., III, cap. 37, 6).

La civilización de la edad medioeval, de la cual la universidad formó parte integral, estaba *centralizada en Dios*. Fué este común denominador el que dió unidad y cohesión orgánica a las varias manifestaciones culturales y religiosas de estos primeros Estados Unidos de Europa. Mas esta unidad estaba sometida a un proceso de desintegración total, aun antes de que el Renacimiento y la Reforma exteriorizaran la enfermedad espiritual de la Europa medioeval. La confianza en la validez de la razón humana se quebrantó tan pronto como Guillermo de Occam proclamó que una proposición podía ser filosóficamente verdadera y teológicamente falsa; esta doctrina influyó fuertemente en el Fideísmo de Martin Lutero. La confianza en la objetividad de las sustancias individuales y las ideas universales se derrumbó cuando los filósofos nominalistas empezaron a considerar éstas como meros símbolos convencionales aptos únicamente para significar y clasificar las percepciones. Y fué también Guillermo de Occam quien despojó a la teología de sus preámbulos racionales, quien hizo de la fe una oscura y absurda paradoja y de Dios un poder absoluto y arbitrario; fué Occam quien con su negación de los principios de causalidad preparó el camino para el escepticismo de Hume y el criticismo de Kant, y fué él, finalmente, quien se anticipó a los representantes actuales del positivismo y del pragmatismo. Si el bien, el mal, la verdad, la mentira, el orden y la ley son meros predicados nominales, símbolos de utilidad o conveniencia, entonces la única certeza que queda está contenida en el testimonio

subjetivo de la conciencia individual, y es entonces comprensible que Descartes hiciera de esta especie de certeza el fundamento de su filosofía. La negación de la causalidad implica la negación de la finalidad y con el rechazo de un universo teológico de causas, medios y fines, se despejó el camino para el nacimiento de la nueva ciencia físico-mecánica. Así la filosofía nominalista de la edad media tuvo la más vital influencia, no sólo en la formación del mundo moderno, sino en la modelación de las teorías nuevas del conocimiento y del saber.

Este mundo moderno, tal como aparece primero bajo el signo del Humanismo del siglo XVI, no está centralizado en Dios sino en el hombre. Para bastarse a sí mismo, el hombre tuvo que olvidar a Dios. Pero al obrar así, perdió las raíces de su propio ser. En el periodo del Humanismo Clásico se inicia un proceso que Jacques Maritain caracteriza como "la brillante disolución de la civilización medioeval", proceso que llena un periodo de cinco siglos.

Después de la temporal decadencia que siguió al surgimiento de la Reforma, las universidades europeas volvieron a florecer de nuevo.

El desarrollo de las ideas educativas desde el Humanismo del siglo XVI hasta el Racionalismo del siglo XVIII se caracterizó por una acentuación siempre mayor de la propia suficiencia de la naturaleza humana. Esta tendencia antropocéntrica es visible claramente en los sistemas educativos racionalistas y antirracionalistas. Muchos educadores de los siglos XVI y XVIII adoptaron la divisa de lucha "Conocimiento es Poder" y alimentaron así una profunda desconfianza en toda educación "humanística", y sobre todo en la disciplina formal y en el aprovechamiento de las artes liberales. Exigían que los estudiantes se prepararan para tareas sociales prácticas, que se enfrentaran con los problemas y situaciones sociales del momento, y que reglamentos y disciplina fueran animados por experiencias y demostraciones. La mayoría de las universidades hicieron cerrada oposición a este nuevo "realismo" pedagógico auspiciado especialmente por los educadores alemanes, pero sus cada vez más numerosos proponentes contaban con un valioso apoyo, pues el aprendizaje universitario de aquel tiempo se había convertido para

muchos en un afán anticuado, fuera de la órbita de la civilización contemporánea y ciegamente dedicado a ídolos caducos, alejado del progreso de las ciencias e incapaz de investigaciones independientes.

La nueva universidad alemana de Halle fué de las primeras instituciones que en los albores del siglo XVIII recuperó algo de la perdida dignidad de la tradición académica europea. Su Rector, en una alocución dedicada a rendir homenaje al rey de Prusia, denominó a la Universidad "el vestíbulo de la libertad" y pidió que ella condujera intrépidamente a los estudiantes hacia la virtud y la sabiduría, porque únicamente inteligencia libre y hombres libres se muestran capaces de asumir la responsabilidad que es menester en una universidad y en una sociedad sana.

El "pedagógico" siglo XVIII realizó una evaluación excesivamente optimista de la naturaleza humana, e hizo de la educación una de las principales tareas de los gobiernos. Rousseau y Pestalozzi se separaron de la pedagogía que había prevalecido al amparo de la filosofía cartesiana, introduciendo incentivos emocionales en la educación.

En Alemania, en los comienzos del siglo XIX Wilhelm von Humboldt combinó los ideales educativos del Humanismo con las doctrinas pestalozzianas. Abogaba por la disciplina formal y rechazaba el vocacionalismo y el utilitarismo en la educación. Como Newman, décadas más tarde, Humboldt sostenía que una mente bien equilibrada y libremente educada es el instrumento más eficaz para dominar cualquier situación o problema profesional científico y práctico. Al mismo tiempo los educadores neohumanistas de Alemania, entre ellos Fichte, Schelling y Hegel, proclamaron de nuevo la unidad y el orden jerárquico de las ciencias y la misión universal de la educación superior. Schelling consideraba como función primordial de una Universidad, proporcionar una guía autorizada para la investigación de la verdad, y procurar el conocimiento, no por razones utilitarias, sino por el conocimiento mismo. Según consideraban estos educadores, el ideal universitario consistía en llenar la doble función de la enseñanza y la investigación. El alto pres-

El éxito de las universidades alemanas en el siglo XIX se debió precisamente a la idoneidad de ellas para atender aquellos deseos.

Estas instituciones lograron no únicamente formar grandes generaciones de eruditos, sino también preparar a los alumnos para las complejas tareas de la vida de comunidad. Al verdadero maestro se le miraba como a una especie de apóstol cuyas enseñanzas adquirían viva realidad en sus discípulos. El profesor medio por otra parte, desarrollaba más y más las características de la especialización unilateral. Con esta creciente especialización de ciencias y profesiones en el siglo XIX y con el ningún éxito de los reformadores educativos para lograr una nueva síntesis en la ciencia, la filosofía y la religión, la idea de la instrucción degeneró en una dañina preponderancia de lo teórico sobre lo práctico y resultó al fin un intelectualismo abstracto y estéril, un desarrollo que creó en las universidades alemanas la Nêmesis de emociones e instintos pervertidos, la sublevación de las fuerzas primordiales de la sangre y del suelo. El programa educativo del nacional-socialismo refleja esta reacción violenta contra el divorcio de la instrucción y la vida, pero a causa de su violencia extrema ha fracasado en su empeño de ofrecer un correctivo eficaz. Los nuevos educadores alemanes se enorgullecen de haber demolido los ideales de las generaciones de letrados que habían vacilado entre el idealismo dialéctico de Hegel y el materialismo dialéctico de Marx, y los cuales en un estéril recluimiento, habían gozado estéticamente de la vivisección de la realidad por retrospección histórica. Los nuevos educadores proclaman haber incorporado a sus universidades una nueva filosofía de la realidad, filosofía que corresponde íntegramente a su nueva antropogeografía. Desde 1933 la principal función de las universidades alemanas ha sido, no la de difundir conocimientos, sino la de desarrollar aquellas virtudes sociales simbolizadas por la bandera de la revolución nacional-socialista. El energitismo progresivo se enfrenta a la educación liberal y formal, y la instrucción en su conjunto se sumerge en el "arroyo de la vida del pueblo y de la Nación". La República de Platón, en su aspecto espartano, aparece rediviva en tales dogmas y doctrinas. La universidad ha perdido así su estilo peculiar de institución libre y ha

sido monopolizada por el imperio de un totalitarismo estatal. Los valores intelectuales han sido sacrificados en beneficio de los valores sociales; la ciencia se ha convertido en una teología política de una teocracia seglar y la filosofía se ha vuelto en servidora del racismo y del nacionalismo.

Si rectamente sostienen estos educadores nuevos que el conocimiento y la ciencia no pueden existir sin reglas fijas de valores, sin creencias determinadas en el significado de la vida y de la función del hombre en la vida, no importa la indiferencia en tales reglas y valores, a los cuales conocimiento y ciencia brindan homenaje, ni que la idea del hombre y su función en la vida están incorporados a un estado y a sus instituciones. Que los dogmas de un Racionalismo del siglo XVIII y un liberalismo del siglo XIX fueran realmente irreales y falsos, no prueba que los dogmas del nacional-socialismo sean más ciertos. "Por sus frutos los conoceréis". La universidad germana del presente revela claramente todos los errores de apreciación del nacional-socialismo acerca del hombre y de la realidad.

Observación semejante puede aplicarse a una ponderación de la universidad norteamericana contemporánea. Si tenía razón Lord Haldane al decir que el alma de un pueblo se refleja en sus universidades, qué pueden enseñarnos las universidades norteamericanas en lo relativo al alma del pueblo de los Estados Unidos? Si la universidad alemana ha sido alternativamente contaminada por olas de intelectualismo y de irracionalismo, de historicismo retrospectivo y de progresivo activismo, la idea norteamericana de la universidad ha sido oscurecida por una creciente ceguera en cuanto a los valores y distinciones espirituales por una parte, y una gradual inmersión en el dogmatismo positivista, por la otra. La actitud anti-intelectualista es la más sorprendente característica de que participa la universidad norteamericana con la filosofía contemporánea alemana de la educación.

Departamentalización y expansión de los campos de la educación secundaria, práctica técnica y vocacional, educación popular, son defendidas por nuestras universidades sobre la base de que Estados Unidos

es un país democrático y por tal razón debe ignorar distinciones. Pero Abraham Flexner sostiene correctamente que Norte América no debe ignorar *todas* las distinciones: "Sencillamente que ignore las distinciones reales; y no todo el peso de su riqueza y de sus hombres puede situarse para un intelectual equivalentemente entre la cocina, la lucha y la dactilografía, con la música, la ciencia, la literatura y la economía".

El Presidente Hutchins suministra algunos datos que pueden servir para ilustrar la actividad anti-intelectualista que prevalece en las universidades norteamericanas. Menciona lo que expresó el Presidente del New York College for Teachers, cuando dijo que "la educación no es primordialmente intelectual, ni en realidad principalmente intelectual". ¿Qué es entonces la educación? "Es el proceso mediante el cual las emociones son socializadas". ¡Cierta profesor del Columbia Teachers College hizo el aserto atrevido de que ciertos valores permanentes de la educación podrían ser cultivados, tales como la honradez intelectual, el amor a la verdad, la facilidad para pensar claramente y también ciertas cualidades morales. Pero fué combatido por uno de sus colegas de la Ohio State University a causa de sus inclinaciones al "absolutismo".

Este moderno estado nos lleva al fondo de los peligros reales por los cuales la Idea de una Universidad se encuentra amenazada en nuestra tierra. "Hoy día —dice Hutchins— los jóvenes americanos comprenden la tradición de la cual son ellos parte y en la cual deben vivir, únicamente por accidente: sus dispersos y desparramados fragmentos están esparcidos y diluídos. Nuestros graduados universitarios tienen mucho más información y mucho menos entendimiento que en el período colonial. Y nuestras universidades se presentan a nuestro pueblo en esta crisis, como escuelas ineficaces para el oficio o como lugares donde niños y niñas simpáticos permanecen cierto tiempo bajo la supervisión de hombres pulcros en un medio ambiente agradable".

Es perfectamente cierto que nuestras universidades contemporáneas tienen muchos más problemas en sus manos y muchos más intereses para satisfacer que en el "studium generale" del medioevo o en las instituciones del período colonial. Pero lo que frustra el apro-

piado funcionamiento de la universidad actual no es la complejidad creciente de las faenas y problemas sino la incapacidad para distinguir los problemas de las frivolidades y ligerezas. Hay una diferencia esencial entre educación, información, instrucción, y los meros engaños técnicos, y estas distinciones deben ser vistas para determinar qué puede y debe ser hecho por una universidad y qué mentiras hay fuera de su fin, deberes y capacidades. Si las universidades fueran aptas para recuperar sus normas perdidas, darían al mismo tiempo fuerza para hacer los arreglos necesarios al resto de nuestro sistema educacional en los respectivos planos de la educación elemental, secundaria y adulta.

Permitásenos tratar de resumir y sacar ciertas conclusiones de lo que hemos aprendido hasta aquí de nuestros análisis del significado histórico y sociológico de la idea de una universidad dentro del armazón de la civilización occidental. Permitásenos preguntar: ¿Qué constituye una universidad? ¿Cuál es su función en la educación de la sociedad? Una universidad es una institución de la más alta enseñanza cuyos espejos son el espíritu de la sociedad y la edad de la cual es tanto un producto como un exponente. La universidad y la sociedad de la cual es parte, son correlativas: la condición de cada una influye en la de la otra y ambas son mutuamente responsables por cada una. La universidad expresa como la sociedad una idea definitiva del hombre, de su naturaleza y de su destino. La universidad está llamada a proveer los medios y métodos para la formación de aquellos hábitos y cualidades intelectuales y morales que se requieren para la formación intelectual y moral y para el progreso de todas las ciencias. Una universidad puede y debe realizar sus funciones propias tanto tiempo cuanto esté en la posesión de los principios del pensamiento, los cuales se derivan de la filosofía realista de la vida, la que presupone un conocimiento correcto de la naturaleza humana. Esta idea de una universidad está en peligro de llegar a ser oscurecida y relajada tan pronto como la sociedad, de la cual la universidad es parte, no esté bien informada por una serie de principios o ideas comunes o tan pronto como esos principios o ideas no estén muy de acuerdo con la ley natural o moral. Cuando eso ocu-

rrer el conocimiento que resulta de la preocupación académica con las artes y las ciencias llega a ser más o menos irreal, por virtud de omisiones ilegítimas, particiones arbitrarias, generalizaciones indebidas, o absolutismos falsos que son sustituidos por verdades absolutas. Para poder adquirir, conservar, e integrar el conocimiento, para poder llevar con buen resultado sus investigaciones de la verdad, para poder impartir a sus estudiantes una idea para una vida llena de significados, una universidad debe ser concebida más que como un mecanismo, como un organismo, como un cuerpo viviente cuyos miembros contribuyen en varias formas al bienestar del todo y de cada parte. Tal como un organismo necesitado de la influencia estabilizadora de la tradición y los principios vinculadores del pensamiento. Debe estar en contacto con la vida y con los problemas reales, sin permitir que las cosas y los hechos superen las mejores ideas. Ahora nosotros hemos visto que las universidades del medioevo estaban en la posesión de todas aquellas cosas. Si encontráramos que a nosotros en el siglo XX no nos conviene dispensarnos de ellas, tendríamos que retornar, por eso, a la Edad Media? A esto yo respondo con Newman: "No supongamos, caballero, que de este modo apelamos a los antepasados, yo estoy devolviendo el mundo... Mientras el mundo perdure, la doctrina aristotélica sobre estas materias perdurará, porque es el oráculo de la naturaleza y de la verdad". Si esto es así, por qué presenciarnos que Mortimer Adler llama "el glorioso Quijote fracasado" al Presidente Hutchins en su intento para efectuar ciertas reformas necesarias en la educación americana?

Ahora relatemos las incursiones que la filosofía del positivismo ha hecho en las universidades de Norteamérica. Nosotros hemos visto cómo en la universidad del medioevo la jerarquía de las ciencias estaba coronada por las disciplinas reguladoras de la teología y de la filosofía. Ahora este es el argumento del positivismo en todos sus matices: que la teología y la especulación metafísica tradicional no concuerdan con el conocimiento sino con la opinión, que no son ciencias sino creencias supersticiosas y almacén de fidelidades sentimentales. Sin embargo, es siempre interesante observar que el hombre es-

tá hecho de tal modo que habrá de practicar la religión o la idolatría, así como Augusto Comte, el fundador del sistema de la "filosofía positiva", llegó a ser al mismo tiempo el fundador de la gran pseudo-religión de la sociología. Esta elefantiasis positivista ha crecido por saltos y brincos, mientras cada día invadía y afectaba todo nuestro sistema educacional. La educación norteamericana ha estado sometida a la instrucción con Positivismo, Pragmatismo y Naturalismo en una extensión que es verdaderamente aterradora. Para estar seguros, el así llamado "positivismo lógico" o "empirismo lógico" de la escuela de Viena, la última novedad de los filósofos americanos, científicos sociales y educadores, es menos ingenuo y mucho más completo que el positivismo de Comte. Reduce cada tipo de ser y realidad a los símbolos matemáticos sensoriales, preparándolo como lo estaba para la clínica de la ciencia y dejando adentro y afuera un pobre, un huérfano intelecto, un mero copilador y transformador de signos y símbolos. El pensamiento es despojado de su privilegio de pensar, porque todos los procesos lógicos y racionales son descritos con meros ardides tautológicos, como meros cambios de las expresiones simbólicas. Jacques Maritain, en un profundo análisis del positivismo lógico, llama una desgracia de sus partidarios el que sean filósofos. Dañan una buena intuición por sus modernos prejuicios o ignorancias específicas. Ellos conocen una sola ciencia, la ciencia del laboratorio y conocen una sola metafísica, una que es extraña a la vida y hostil a la ciencia y contra la cual ellos protestan indirectamente. Porque ellos fallan al reconocer que lo que es verdad de la ciencia o de los fenómenos, no es toda la verdad que existe, y que hay otros métodos de conocimiento científico que no son empleados por el positivismo lógico y por la ciencia natural empirista; ellos niegan el valor de toda metafísica. Es fácil aseverar que lo que no tiene significado para la física no tiene significado para nada. "Pero, dice Maritain, la metafísica no permite que esto sea hecho con tal facilidad. Antes de decidir que la cuestión, "Existe una primera causa del ser", no tiene sentido, deberíamos preguntarnos si la cuestión "existe la filosofía de Viena" no es una cuestión desprovista de sentido". El significado de las teorías de esta escuela no puede ciertamente verificarse experimen-

talmente. El hecho es que esta teoría no es una ciencia experimental o empírica sino una filosofía de la ciencia y, como tal, implica una metafísica definida, pero una metafísica que es nihilista y autodestructiva. "Es un pecado contra la inteligencia, dice Santo Tomás, querer proceder de idéntica manera en los dominios esencialmente diferentes del conocimiento especulativo, en los dominios de la física, las matemáticas y la metafísica".

Así, una filosofía total de la vida y de la educación ha sido erigida sobre los débiles cimientos de la filosofía positivista de la ciencia. Mientras que, por una parte nuestras instituciones de alto saber han llegado a especializarse, subdividirse y catalogarse en profesiones, en un grado tal, que destruye la unidad de conocimiento y hace de nuestras universidades vastas instituciones enciclopédicas o amontonadoras de hechos, la nueva filosofía positivista de la educación se presenta como un sustituto para el acervo desintegrado de los valores tradicionales del pensamiento y de la moral, y de una desacreditada educación liberal cuyos defensores ya no mantienen sus convicciones en campos racionales sino que se aferran a ellas por una predisposición emocional o estética. Orgullosos del áspero individualismo de sus gustos y aversiones personales, estos guardianes de las humanidades no pueden ofrecer resistencia efectiva al avance organizado y conjunto de la nueva filosofía y religión del Naturalismo y Secularismo.

"El Secularismo, con referencia al hombre, dice el Profesor Roelofs, de la Universidad de Cincinnati, Ohio, no es la mera aserción de que es una criatura de este mundo, y que su bien debe encontrarse aquí y ahora. . . . Lo que distingue al Secularismo es su aserción de que esta es toda la verdad acerca del hombre; su negación de que el hombre es una criatura de esta tierra que está designada para una vida sobrenatural y eterna que, sin embargo, empieza aquí y ahora".

El Presidente Hutchins debía convenir con sus progresistas oponentes en la convicción de que estudiantes y profesores deben tener un fondo común que informe su pensamiento, saber y obrar, si deseamos

evitar una confusión de lenguas en que los estudiantes no puedan entender a sus profesores y los profesores no puedan entenderse unos a otros. El desacuerdo, sin embargo, es más fundamental porque concierne a las premisas filosóficas en que se funda tal integración de pensamiento y de expresión. Hutchins ha levantado su voz en defensa de la metafísica como la ciencia de la dirección e integración del pensamiento y de la acción. El lo ha hecho así porque sabe que el hombre es un animal metafísico y filosófico y, como tal, no puede escapar de la necesidad de conformar su vida de acuerdo con normas definidas de pensamiento. El hombre tiene que usar argumentos metafísicos para justificar, tanto sus acciones como sus trasgresiones, pero una buena metafísica es preferible a una mala, porque enseña cómo distinguir las acciones de las trasgresiones y revela los factores ontológicos que preconditionan ambas clases de acciones. Una buena metafísica suministra al hombre las pruebas de su dignidad como ser humano, le dice sobre el propósito y significado de su vida; le informa sobre el contenido glorioso y precario de su libertad.

En una universidad una buena metafísica establece una jerarquía de temas y campos de estudio, de acuerdo con los méritos intrínsecos de cada uno de ellos y sirve así para integrar y equilibrar el curso de estudios. Como teología natural enseña al hombre, no sólo a conocerse a sí mismo y al universo creado, sino a ascender hasta una comprensión análoga a su Hacedor. En suma, la metafísica, como ciencia suprema del orden natural, parte de la experiencia y observación pero trasciende la contingencia de datos sensibles y adquiere un conocimiento supra-experimental de los necesarios inteligibles.

Hutchins corona su propuesta pirámide de ciencias con la metafísica más bien que con la teología, porque, en vista de la diversidad de credos religiosos, él desespera de ver restablecida la religión como principio unificador del saber. Pero aún su llamada para la rehabilitación de la metafísica debe estar condenada al fracaso en tanto que nuestras universidades continúen su fuga de la razón. Ocupámonos por el

momento no de actualidades sino de esperanzas piadosas y de vuelos de la fantasía, permitasenos preguntar; ¿Sería suficiente el entronizamiento de la metafísica? Contestamos que pudiera ser suficiente para satisfacer la *Idea* de una universidad, pero sería aún insuficiente para satisfacer el *Ideal* de una universidad. Así como la metafísica es superior a la física y a toda ciencia empírica, así la teología es superior a la metafísica. La universidad ideal, por lo tanto, debería no solamente incluir la teología sino que debía restablecerla en su legítimo puesto como la Reina de las Ciencias. La ciencia de la razón debe ser suplementada y perfeccionada por la ciencia de la fe y la revelación.

Podemos adquirir un alto grado de cultura intelectual sin haber siquiera adquirido un sorbo de cultura religiosa, hinchados con la sensación de nuestros conocimientos podríamos aún sentirnos inclinados a repetir las palabras del emperador Juliano, dichas a la hora de su muerte: "Muerdo sin remordimientos, porque he vivido sin culpa. Complacido reflexiono en la inocencia de mi vida privada; y puedo afirmar con confianza que la suprema autoridad. . . . ha sido preservada en mis manos pura e inmaculada". "En tal insensibilidad de conciencia, dice Newman, en la ignorancia de toda idea de pecado, en la contemplación de su propia consistencia moral, en la simple ausencia de temor, en la límpida confianza de sí mismo, en la serena posesión de sí mismo, en la fría satisfacción de sí mismo, reconocemos al filósofo". Permitasenos añadir que nosotros reconocemos más aún, al Humanista que se basta a sí mismo y que tiene su centro propio.

Pero podéis decir: ¿Qué más podemos esperar? El conocimiento no ofrece garantía para la virtud y un gran escolar no es necesariamente un santo. Yo contesto que no importa que nosotros tengamos que esperar, porque no podemos declararnos satisfechos con un Humanismo que tiene su centro en el hombre, que ha probado su inherente debilidad e inconsistencia una y muchas veces. Un sistema realmente íntegro de conocimientos nos debe presentar una síntesis de Ciencia, Filosofía y Religión. Solamente un verdadero Humanismo Cristiano puede consagrar

La idea de una universidad.

nuevamente el desacreditado orden de la naturaleza y puede impresionar el "principio de la encarnación" (v. Hügel) sobre los seres humanos y su medio ambiente social, y puede así levantarlos a una más completa realización de sus privilegios y obligaciones de conocer la Verdad y amar a Dios.

K. F. Reinhardt.

(Tradujo Juan B. Martínez V., del original inglés, enviado especialmente para UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA.

